

MIGUEL DEL REY VICENTE
CARLOS CANALES TORRES

LOS AÑOS DE ESPAÑA
EN MÉXICO:
DE CORTÉS A PRIM



EDAF

www.edaf.net

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN - SANTIAGO - MIAMI
2010

ÍNDICE

Intermedio	9
Introducción	
MÉXICO Y ESPAÑA. TRES SIGLOS DE VIDA EN COMÚN	13
I. EL DESCUBRIMIENTO DE LOS NUEVOS TERRITORIOS	17
1.1 La juventud de Cortés	19
1.2 La futura Nueva España	23
1.3 Los conquistadores	25
1.4 La marcha sobre Tenochtitlan	28
1.5 La noche triste	36
1.6 Otumba	38
1.7 El triunfo final	39
II. LAS FRONTERAS DE LA NUEVA ESPAÑA	47
2.1 Un continente por explorar	49
2.2 La expedición a Las Hibueras	51
2.3 El sur y Centroamérica	53
2.4 Nueva Galicia	56
2.5 La costa del Pacífico	58
2.5.1 <i>El mar de Cortés</i> , 61	
2.6 La guerra del Mixtón	63
III. EL VIRREINATO	67
3.1 El sistema de gobierno	69
3.2 Los organismos americanos	70
3.2.1 <i>Las Audiencias</i> , 71	
3.2.2 <i>Las Gobernaciones</i> , 74	
3.2.3 <i>Los Virreinos</i> , 74	
3.3 Los grupos sociales	77
3.4 La política económica	79
3.4.1 <i>La propiedad de la tierra</i> , 80	
3.4.2 <i>Agricultura, ganadería y minería</i> , 82	

3.4.3	<i>El comercio y la hacienda pública, 84</i>	
3.4.4	<i>Los obrajes, 84</i>	
3.5	El ejército	87
3.5.1	<i>Las milicias, 94</i>	
IV.	LOS PRIMEROS LEVANTAMIENTOS	101
4.1	La invasión napoleónica de España. La crisis monárquica ..	103
4.2	El gobierno de José de Iturrigaray	107
4.3	Miguel Hidalgo y el grito de Dolores	114
4.3.1	<i>El Monte de las Cruces, 122</i>	
4.3.2	<i>La batalla de Aculco, 125</i>	
4.3.3	<i>La batalla de Puente Calderón, 128</i>	
V.	LA EMANCIPACIÓN	133
5.1	José María Morelos	135
5.2	La expedición de Mina y la conspiración de la profesa	147
5.3	Agustín de Iturbide	152
5.4	El ejército de las tres garantías	153
VI.	SAN JUAN DE ULÚA. EL ÚLTIMO REDUCTO	163
6.1	Numancia una vez más	165
6.2	El bombardeo de Veracruz	177
6.3	La rendición	182
VII.	LOS INTENTOS DE RECONQUISTA	185
7.1	La lucha por las aguas territoriales de Cuba	187
7.2	La expedición del brigadier Isidro Barradas	189
7.2.1	<i>Llega Santa Anna, 197</i>	
7.2.2	<i>La batalla de Pueblo Viejo, 200</i>	
VIII.	LA EXPEDICIÓN DE 1861. EL REGRESO	205
8.1	La república Mexicana	207
8.2	Convenio de Londres	211
8.3	El ejército expedicionario toma Veracruz	215
8.3.1	<i>El convenio de Soledad, 222</i>	
8.3.2	<i>La conferencia de Orizaba. El fin de la coalición, 227</i>	
8.4	Maximiliano. El imperio trágico	235
	Virreyes de Nueva España	241
	Cronología	244
	BIBLIOGRAFÍA	251

INTERMEDIO

NOSOTROS NO LLEGÁBAMOS NI SIQUIERA A cuatrocientos cincuenta soldados. Conservábamos perfectamente en la memoria los consejos y avisos que nos habían dado los indios de Guaxocingo, Tlascala y Talmanalco, para que no entrásemos en el territorio de México, que nos habían de matar en cuanto lo pisásemos. Sabiendo todo eso, ¿qué hombres del universo se hubiesen atrevido salvo nosotros?

Nos pusimos en marcha y avanzamos por la calzada que se adentraba en las tierras desconocidas. Al rato, llegamos a otra calzadilla, mucho más estrecha, que cruzaba la nuestra y que se dirigía a Cuyoacan, una ciudad donde habían construido unos templos altos como torres que utilizaban para adorar a sus dioses.

Allí nos detuvimos, cuando vimos que se acercaba una procesión, que cubría todo el camino, de la que formaban parte muchos caciques y hom-



Tenochtitlan, la capital del imperio mexicana, edificada sobre islas en el lago Texcoco. La superpoblación de estas islas había impulsado a sus habitantes a extender su influencia por el oeste y el sur, hasta las costas del golfo de México, donde los españoles oyeron los relatos acerca de su poderío.

bres principales, vestidos de una forma muy elegante, con ricas mantas bordadas y libreas de colores con los que se diferenciaban unos de otros.

A aquellos caciques principales los enviaba por delante, a recibirnos, el gran Moctezuma. Cuando se presentaban ante Cortés decían en sus lenguas que fuésemos bienvenidos, y, en señal de paz, tocaban el suelo con la mano para luego besar los restos de tierra que les había quedado en la palma.

Estuvimos detenidos un buen rato. Luego, llegaron el señor de Tezcuco, el señor de Izpalapal, el señor de Tacuba y al señor de Cuyoacan, para acompañarnos, como embajada de respeto, hasta que nos encontrásemos con Moctezuma, que ya estaba cerca, y venía transportado en unas ricas andas a las que acompañaban otros grandes señores y caciques con sus vasallos.

Debíamos estar ya muy cerca de México, porque a lo lejos se veían otras torrecillas semejantes a las que ya habíamos visto antes.

Cuando llegó, Moctezuma se apeó de las andas, y le cogieron del brazo algunos caciques para ponerle debajo de un rico palio. Era una maravilla. Estaba adornado con enormes plumas verdes, labrado en oro, y con muchos remates de plata, perlas y cuentas de jade, de las que aquí llaman chalchihuis, que colgaban de unas bordaduras por todos los costados.

Realmente había tanto que mirar que estábamos asombrados.

Moctezuma venía muy ricamente ataviado, según su usanza, y traía puestos en los pies unas cotaras, que así es como aquí llaman a lo que se calzan, con las suelas de oro y una pedrería muy rica adornándolas por encima. Los cuatro señores que le traían del brazo venían también con trajes muy ornamentados, según era su costumbre, pero parece ser que no habían venido así todo el camino, que los tenían preparados para ponérselos cuando entraran con su señor y que no pensaban recibirnos tan elegantemente vestidos. Por detrás, también bajo el palio, venían otros grandes señores, y por delante, algunos caciques barrían el suelo por donde iba a pisar Moctezuma y le ponían mantas para que no tocara la tierra.

Ninguno pensaba siquiera en mirarle a la cara. Todos llevaban los ojos bajos, en señal de acatamiento, menos los que le acompañaban del brazo, que nos enteramos que eran sobrinos y familiares suyos.

Como Cortés vio que se acercaban, y le dijeron que era Moctezuma, se apeó del caballo. Ambos se acercaron dándose muestras de respeto. Moctezuma le dio la bienvenida y él le respondió, con la mediación de doña Marina, que esperaba que se encontrara bien.

Me pareció ver que nuestro capitán, que tenía siempre a doña Marina al lado para que tradujese todo lo que se decían, le ofreció la mano derecha, pero que Moctezuma no quiso estrechársela.

Cortés sacó entonces un collar que traía preparado para regalarle, con unas piedras como de vidrio, que se llaman margajitas, que tienen dentro muchos colores y están trabajadas de formas muy diversas, ensartadas en cordones de oro y perfumadas con almizque, para que diesen buen olor, y se lo echó al cuello.

Cuando se lo puso y le iba a abrazar, los cuatro principales que le acompañaban le detuvieron inmediatamente y le dijeron que no le abrazara, que estaba considerado un menosprecio. Fue un momento difícil porque todos nos quedamos sorprendidos y no sabíamos qué hacer, pero Cortés lo comprendió, y le dijo a doña Marina que le comunicase lo admirado que estaba por haber conocido a un príncipe de su importancia, que le agradecía mucho que hubiese venido a recibirle en persona, y que era una merced tan grande la que le hacía, que no lo olvidaría.

Moctezuma le contestó también con palabras parecidas, y mandó a dos de sus sobrinos que nos acompañasen hasta que hubiésemos encontrado un lugar en el que pudiésemos aposentarnos.

Mientras, él, con sus otros dos parientes, se volvió a la ciudad junto a todos los principales y caciques que le habían venido a acompañar. Cuando se iban, nosotros recibimos órdenes de no mirarle, de pegarnos a la pared que teníamos al lado y de no levantar los ojos del suelo.

Menos mal que cuando entramos por las calles de México no lo tuvimos que hacer con tanto embarazo.

¿Quién puede decir la multitud de hombres, mujeres y muchachos que estaban en las calles, en las azoteas, en las canoas, en aquellas anchas acequias, y que habían salido a vernos?

Ni siquiera ahora, que lo estoy escribiendo y me pasan todos los detalles por la cabeza como si lo estuviera viendo, puedo comprender cómo nuestro Señor Jesucristo nos pudo conceder una gracia tan grande que nos permitiera vivir todo aquello como lo vivimos. Aunque, no me queda duda, de que también me guardó por el esfuerzo y la osadía de entrar en aquella ciudad, y me libró, como más adelante verán, de muchos peligros de muerte, para que pudiera servirle mejor en la conversión de todos aquellos herejes.

Le doy muchas gracias por ello y por dejarme vivir para poder contarle, pero dejemos las palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo, y volvamos a nuestra entrada en México.

Nos llevaron a aposentar en unas casas grandes, donde había habitaciones para todos nosotros, que habían sido de Axayaca, el padre de Moctezuma. Allí tenían grandes ídolos de piedra con lugares para adorarles y una recámara muy secreta, en la que nos enteramos que se encontraba un